

Cuarenta estaciones

J. Luis Pastrana



Primera edición: marzo 2021

Depósito legal: AL 532-2021

ISBN: 978-84-1398-255-7

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: J. Luis Pastrana

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: depositphotos.com

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

A la memoria de mis padres y hermano

Nota del autor

La historia que se narra en esta novela está basada en hechos reales. No obstante, las situaciones y los personajes han sido adaptados, modificados o creados, conforme a criterios narrativos del autor. Por ello, lo que se cuenta seguidamente es ficción, y en ningún caso pretende ser un fiel reflejo de la realidad en que está inspirado.

J. Luis Pastrana.

«Las cosas se ponen en su sitio»
Ramonita González Suárez (1931-1986)
Mi madre

Preludio: diciembre de 1982.

—¡Que no, coño, que voy a pedir el examen! —insistí enrabiado.

—Mira bien lo que vas a hacer —continuó mi compañero—: solo es el primer examen de álgebra. Aporta, como máximo, un punto al resultado del primer parcial. A ver si por intentar ganar unas décimas te coge ojeriza el profesor.

—No son las décimas, hostia. Tiene que haber algún error: los problemas uno, tres y cuatro los tengo *planchaos*, y en el quinto tengo bien el desarrollo, aunque no lo pude terminar; es cierto que del segundo ni puta idea... pero por lo menos merezco un siete, y no ese mísero tres que me han puesto.

—Tú verás. Después no digas que no te avisé.

Una semana después, en una tarde plomiza y deprimente, guardé cola frente a la puerta de la cátedra de matemáticas de la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Industriales. Anochecía ya cuando llegó mi turno. Me interné en el despacho y, entre una densa niebla de nicotina, vi al profesor Chimenea, parapetado tras una deteriorada mesa decimonónica, con el cigarrillo colgando de la comisura de sus labios, la cabeza ladeada, los ojos entrecerrados y cara de mala leche.

—A ver, número de matrícula —requirió, sin saludo previo.

El profesor localizó el examen pocos segundos después.

—Siéntate —dijo, señalando la silla de madera que, con el culo medio hundido, estaba frente a la mesa—. Y bien: ¿qué le pasa, según tú, a la calificación de este examen?

—Yo esperaba un siete. Tengo bien resueltos los problemas uno, tres y cuatro, y correctamente planteado el quinto. No entiendo de dónde ha salido el tres con que se me ha calificado.

Chimenea expulsó una densa bocanada de humo, mientras ojeaba mi examen, asintiendo levemente con la cabeza, como si recordara sus impresiones en el momento de la corrección.

—Mira chaval —espetó—, esto no es el instituto. Aquí pretendemos formar ingenieros. Los empresarios pagan a los ingenieros por resolver los problemas bien, rápido y barato. Tú has encontrado las soluciones correctas a los problemas uno, tres y cuatro, es cierto, pero... yendo por el camino más largo y costoso. ¡Mira!: cuatro folios has ocupado para los tres problemas, mientras que a este compañero tuyo —dijo mostrándome otro examen—le ha bastado y sobrado con una sola hoja. ¿Alguna otra pregunta?

—No. Creo que me quedan claros los criterios de calificación. Buenas tardes —respondí abatido, levantándome y enfilando la puerta.

Una vez alcanzado el pasillo, me pareció ver con el rabillo del ojo cómo el profesor Chimenea meneaba la cabeza mientras sonreía divertido.

Cerámica

1. La selección

A finales de junio de 1988, finalicé con éxito el sexto curso de Ingeniería Industrial, en la especialidad mecánica - máquinas. En ese momento sentí una cierta inseguridad con respecto al futuro. Algo había cambiado. Al acabar los cursos anteriores, casi todos los compañeros sabíamos qué íbamos a hacer con la llegada del siguiente otoño: volver a la Escuela a seguir estudiando. Esta vez no era así, y cada cual tenía sus planes y objetivos, más o menos claros. Yo pertenecía al grupo de los decididos a iniciar de inmediato su andadura profesional, pero las ofertas de empleo no abundaban aquel verano.

Durante el mes de julio, asistí a un curso de CAD impartido en la propia escuela. Por aquel entonces, el Auto Cad aún no se consideraba un programa profesional de diseño asistido por ordenador. Las prácticas las hicimos en un moderno ordenador, del tamaño de un armario ropero de doble cuerpo, con sus tabletas intercambiables y su ratón con punto de mira. El programa era lo que por entonces se denominaba un 2 ½ D que, además de dibujar, permitía hacer cálculos por elementos finitos y elaborar los programas de control numérico para el mecanizado de las piezas diseñadas. En resumen: el penúltimo grito de la época. Finalizado el curso, obviamente, seguí viéndome como un ingeniero mecánico orientado hacia el diseño de mecanismos... ¡qué equivocado estaba!

A principios de agosto, leí en la prensa una oferta de empleo de una fábrica de loza asturiana: buscaban dos ingenieros, uno para el área logística y de compras, y otro para el área de producción. El anuncio me atrajo de inmediato, tal vez porque tenía un recuerdo entrañable de los productos de esa fábrica, bellamente expuestos en el escaparate de aquella tienda ubicada en los bajos

del hotel de Llanes en el que veraneaba siendo adolescente. De manera que escribí: no había nada que perder.

Pocos días después recibí respuesta de la fábrica de loza, convocándome urgentemente a una entrevista, pues la fábrica cerraba por vacaciones uno de aquellos días.

Acudí al encuentro en tren. Era una tarde soleada. Me recibió el director de producción. El encuentro me resultó un poco extraño: el entrevistador me describió los procesos más relevantes de la fabricación de loza, y giramos una visita a la fábrica, pero apenas me formuló preguntas. Más adelante comprendería que ésta era una técnica perfectamente premeditada: se pueden saber más cosas de una persona analizando su atención, comprensión y consultas, que haciéndole preguntas directas sin más. Durante la entrevista, y a solicitud de mi interlocutor, manifesté mi preferencia por el área de producción.

Dos o tres días más tarde, recibí una llamada telefónica de la fábrica de loza. Había resultado preseleccionado de entre los candidatos, y me solicitaron que volviera a pasar por la fábrica para tratar sobre los términos del posible contrato. Esta vez me recibieron el director gerente y el director de producción. Acepté sus propuestas sobre el modelo de contrato y mis futuros emolumentos, y desde aquel momento me sentí integrado en el equipo. Mi primer día de trabajo sería el 12 de septiembre.

Después, el director de producción me acompañó hasta la que más tarde sería mi oficina, y me prestó dos libros para que fuera adquiriendo algunos conocimientos sobre cerámica.

Leyendo aquellos libros me llevé la mayor de las sorpresas: aunque apenas contenían ecuaciones, eran unos libros eminentemente técnicos, que atesoraban conocimientos adquiridos por la humanidad durante siglos de experiencia.

2. El estreno

Mi primer día de trabajo en la fábrica de loza fue un lunes, 12 de septiembre: el periodo de cálculo para las nóminas iba desde el día once de cada mes hasta el día diez del mes siguiente, y mis jefes decidieron que era mejor debutar estrenando un *mes contable*.

El mismo día también se incorporaba mi colega, la Directora de Almacenes y Logística.

Aquella mañana el despertador sonó poco después de las seis. Tras el aseo y el desayuno, llegar a la fábrica me suponía una caminata de veinte minutos hasta la estación de RENFE de La Felguera y, a continuación, dos tramos en tren, enlazados por un trasbordo, en los que se invertía algo menos de una hora. El segundo de los trenes iba ocupado por grupos de chicas jóvenes organizando una alegre algarabía. Poco después caería en la cuenta de que se trataba de trabajadoras de la fábrica.

Cuando llegué a destino, las mariposas de mi estómago se convirtieron en dinosaurios. Las vías del tren bordeaban el recinto de la lojería por su lado noroeste. En la valla de la fábrica, frente a la estación, había una puerta; junto a ella me esperaba mi jefe, el Director de Producción, acompañado por la Directora de Almacenes y Logística. Había una densa niebla y el ambiente era oscuro y húmedo.

—Buenos días —nos saludamos; miré a mi colega, y comprendí que estaba incluso más nerviosa que yo.

—Seguidme —continuó el Director de Producción, divertido ante las miradas analíticas que estábamos cruzando la Ingeniera y yo—, falta un rato para vuestra presentación, así que podemos tomar un café y charlar.

El Director de Producción nos condujo hasta el edificio general de oficinas, en el extremo este de la factoría: se trataba de una

vieja construcción de piedra, tipo caserón, de planta baja y piso, y con sus muros cubiertos de hiedra. Entramos por su puerta principal, subimos por una gran escalera de madera concienzudamente brillantada y, desde un amplio *hall*, accedimos a una gran sala de reuniones, cuyas paredes estaban cubiertas por estanterías intensamente iluminadas y repletas de hermosas piezas de loza.

—Este es nuestro muestrario —explicó el Director de Producción—. Bueno... nuestro *monstruario*, como diría el jefe de uno de nuestros talleres. El caso es que a fuerza de bromear entre nosotros con la denominación de esta sala, no es la primera vez que alguien lo llama *monstruario* delante de algún cliente... ¿Os apetece un café?

Mi colega y yo nos miramos. El Director de Producción leyó en nuestras miradas.

—Tila no tenemos, pero sí descafeinado... Bueno, no os pregunto más: os traigo unos descafeinados con leche, que seguro que os sentarán bien.

Antes de que regresase el Director de Producción, apareció por el muestrario un señor enfundado en una immaculada bata blanca en cuyo bolsillo superior había la mayor colección de lapiceros que yo había visto en mi vida. Con su gesto adusto, tenía un parecido innegable con José María Ruiz Mateos. Al vernos adivinó de inmediato quiénes éramos.

—Buenos días. Supongo que sois los ingenieros nuevos —empezó con acento andaluz, estrechándonos las manos mientras nosotros asentíamos—. Yo soy el Director de Calidad. También soy responsable de todo lo relacionado con la sección de moldes. Mirad —continuó dirigiéndose hacia las estanterías situadas al fondo del salón—, las piezas de este lado son las más antiguas del muestrario. Esta sopera, en concreto, es la de la primera vajilla diseñada y producida en esta fábrica, allá por 1901. La sopera es la pieza estrella de una vajilla, y siempre se comienza con ella en cada nuevo diseño...

—¡Hombre! Ya veo que estáis en buenas manos —interrumpió el Director de Producción, que acababa de entrar en el muestrario cargado con una bandeja—. Seguro que os está hablando sobre la importancia de la sopera en el diseño de una nueva vajilla. Vamos a sentarnos; en la cafetera pequeña está el descafeinado, en la grande el café de verdad; serviros, como veis, también hay crema, azúcar y, por si alguien lo prefiere, sacarina.

Tomamos asiento a la gran mesa de reuniones y nos servimos los cafés. La niebla empezaba a clarear lentamente, permitiendo el paso de algún débil rayo de sol. Entonces, cuando el reloj se acercaba a las nueve, empezaron a llegar personas; nos pusimos de pie y el Director de Producción nos las fue presentando a medida que entraban en el muestrario: el Director Comercial, el jefe del Taller de Pastas, el Jefe del Taller de Elaboración, el Jefe del Taller de Esmaltado, la Jefa del Taller de Decoración, el Responsable de Logística, la Jefa de Control de Calidad, los técnicos de métodos, tiempos y costes...

—En cuanto salgamos de aquí no voy a poder identificar a ninguno de ellos —me susurró la Directora de Almacenes y Logística.

—Si te sirve de consuelo, yo ya no puedo hacerlo ahora mismo —le respondí.

...el Director de Administración, el Jefe de Mantenimiento, el Jefe de Informática, el Encargado de los Hornos...

A las nueve en punto se personó el Gerente, que tomó inmediatamente la palabra.

—Buenos días, gracias a todos por la puntualidad... ¿también está Javier?... ¡Ah! ya te veo... ¡Menudo milagro! Pues bueno, estos son los nuevos ingenieros; por fin podéis ponerles cara después de estas semanas de rumores. Ella va a hacerse cargo de los almacenes y la Logística y dependerá directamente de mí; estos primeros días Ignacio la pondrá al tanto de todo... Ignacio, por favor, levanta la mano para que te podamos ver.

»Él va a depender directamente del Director de Producción y, entre otras muchas cosas, se va a dedicar a evaluar inversiones

industriales, estudiar ahorros energéticos y mejorar el área de métodos y tiempos.

»Cuento con vuestra colaboración para que estas personas se integren inmediatamente en el equipo... ¿alguna pregunta?

Nos miramos unos a otros durante un breve instante, tras el cual el Gerente dio por terminada la reunión.

—Bueno, pues entonces todo el mundo a currar, que esta semana tenemos que expedir sin falta el pedido de Caja Canarias.

—Hoy vas a acompañarme durante toda la jornada de trabajo —me explicó mi jefe—. Aunque la fábrica haya abierto el lunes pasado después del cierre del mes de agosto, hoy es el primer día en el que funcionan todos los talleres a pleno rendimiento, y tenemos que comprobar que todo vaya bien.

La primera visita fue al taller de pastas, donde se elaboraba la pasta cerámica para toda la fábrica. Allí, junto con el jefe de taller, comprobamos el correcto funcionamiento de la maquinaria y la disponibilidad de recursos humanos para atender los dos turnos de trabajo. También verificamos la bondad del programa de trabajo del taller, comparándolo con el programa general elaborado por el departamento de almacenes y logística. Además, facilitamos al jefe de taller los nuevos tiempos de molienda para los molinos de áridos, en función de los perfiles granulométricos encontrados en los análisis de las muestras de la semana anterior.

Antes de la hora de la comida ya habíamos visitado también los talleres de elaboración y baño, con cuyos jefes habíamos mantenido sendas reuniones.

Por la tarde rematamos la faena con el taller de decoración.

Aquella noche, cuando me acosté, había en mi cerebro tal cantidad de información nueva y valiosa, que me dormí con el temor de olvidar algo durante el sueño.

3. Inversiones

En la fábrica de loza, el equipo de dirección se reunía inexcusablemente todas las mañanas a las 10:00. La agenda del Gerente fijaba el orden del día, habitualmente compuesto en más de un 80% por el seguimiento del cumplimiento de compromisos adquiridos en anteriores reuniones, y en el resto por nuevos temas.

La primera reunión fue mágica para mí: no podía creer estar sentado a la mesa de aquella sala, acompañando al Gerente, al Director de Producción, al Director de Calidad y a la Directora de Almacenes y Logística, comentando y decidiendo sobre asuntos que se iban a trasladar a la fábrica, y no a las cuartillas de un examen. Recordé la frase, tantas veces escuchada durante mis estudios en la escuela de ingenieros: «el papel lo aguanta todo», y comprendí que aquella época se había terminado para siempre.

—¿Cómo va la fabricación para el pedido mensual de los grandes almacenes? —preguntó el Gerente, dirigiéndose al Director de Producción.

—Va todo según lo previsto, pero me gustaría poder hacer unas horas extras en la sección de colaje para prevenir posibles problemas de última hora.

—Vamos a esperar a principios de la próxima semana para tomar la decisión —comentó el Gerente—: tengo al comité de empresa protestando sin parar por las horas extra. No logro convencerlos de que, al menos para determinados puestos de trabajo, son imprescindibles para hacer frente a picos puntuales de la demanda. Si podemos arreglarnos sin esas horas mucho mejor.

—De acuerdo, pero si finalmente las necesitamos, debemos recurrir a ellas, como muy tarde, el próximo lunes —admitió el Director de Producción, mientras tomaba notas en su agenda.

—¿Cómo evoluciona la bóveda del horno de bizcocho?

—Sigue deteriorándose —informó el Director de Producción—. Mucho me temo que vamos a tener que parar para repararla antes de lo previsto en el plan de mantenimiento.

—Bueno —intervino el Gerente—, no solo se trata de repararla; habrá que saber a qué se deben esos daños: la anterior bóveda duró dos años y ésta ya está para el arrastre en menos de tres meses.

—Ya estamos investigando sobre las posibles causas, pero aún no hemos llegado a ninguna conclusión definitiva...

—¿Te reuniste ayer con el Diseñador? —preguntó el Gerente al Director de Calidad.

—No; lo intenté localizar por la mañana y por la tarde en su casa, pero no estaba.

—¡Estos artistas! —gruñó el Gerente entre dientes.

Seguramente que los recién incorporados pusimos cara de sorpresa, así que el Director de Calidad aclaró:

—Nuestro director de diseño es un tipo bastante peculiar: vive aquí, dentro de la fábrica, en el chalecito que hay al lado del edificio del muestrario, y lo mismo tiene una temporada de trabajo febril que lo deja en los huesos, que se pasa un tiempo desaparecido sin que nadie sepa dónde encontrarlo.

—Pues tenemos que localizarlo y conseguir inducirlo al estado ese de trabajo febril —cortó el Gerente—, porque como no empezamos de inmediato con los nuevos diseños no sé cómo vamos a poder comercializarlos la próxima primavera.

»Cambiando de tema: ¿se confirma la llegada del buque de arcilla para la próxima semana?

—Sí, tiene prevista la entrada en el puerto el jueves —respondió el Director de Producción.

—Está bien, explícale todo el proceso a la Directora de Logística, y que participe activamente en todos los trámites de descarga y transporte local desde el puerto; el próximo aprovisionamiento de arcilla lo gestionará ella íntegramente.